

Las crónicas del delfín porteño

por ANGEL RAMA

NO tengo nada especial en el terreno del sexo para enviarte y, francamente, no estoy demasiado interesado en él. *Toujours sex, sex, sex!* Es molestísimo. Con estas palabras Henry Miller rehusó colaborar en el último volumen de *Crónicas* del editor argentino Jorge Alvarez, pero si bien su ausencia es de las que siempre se perciben, lo que aún sin él queda en esta serie de cuentos, sobra para asegurar el éxito de las recientes *Crónicas del sexo*.

Son diez textos, de los cuales dos (un fragmento de Cambaceres y otro del estudio antropológico de Lewis Los hijos de Sánchez) quedan fuera de la unidad tonal y significativa que los restantes alcanzan aun recorriendo zonas bien distintas de la sexualidad: Mujica Láinez cuenta la desesperación de un adolescente pálido ante dos sirvientas que lo acosan; Piri Lugones, en un tono muy porteño, presenta una mujer invitando a una amiga a compartir su marido; Luis Pico Estrada describe simplemente una escena de cama para poder probar cómo es que se "enderezan" el deseo; Leopoldo Torre Nilsson, en uno de los más felices textos del libro, cuenta con humor y con lenguaje que comienza a descubrir un habla popular tras la lección cortaziana, las dificultades que a un "tipo" le impiden, por tres veces, acostarse con una "mina"; Armonía Somers, en un texto, sobreescrito que quizás algunos uruguayos recuerden, —El derrumbamiento— cuenta de un negro que se masturba imaginando que desvirga a la propia Virgen María; Carmen de Silva, en una de las invenciones más feroces del volumen, muestra a un sacerdote masturbándose frente a una sirvientita, en tanto atiende a una anciana enferma y ciega, y así es a estas dos escritoras a quienes se debe el mayor frenesí imaginativo. Junto a ellas, Máximo Lafert, que relata las insinuaciones de una "niña" de trece años, es de un pudor decimonónico, y Antonio Del Masato, que escribe un hermoso cuento rapsódico, está demasiado embebido del modelo *Jules et Jim*, para contar cómo dos amigos se acuestan con una negra.

¿Qué es esto? El séptimo volumen de una colección que, iniciada a comienzos del año con las *Crónicas del amor*, se ha transformado en uno de los sostenidos éxitos editoriales argentinos, pasando las tiradas de cinco mil y llegando cómodamente a los diez mil. Pequeños volúmenes de ciento cincuenta páginas donde se recogen varios cuentos en torno a un tema común: *Crónicas del pasado*, *Crónicas de la burguesía*, *Crónicas de América*, *Crónicas de Buenos Aires*, y hasta *Crónicas bastante extrañas*. Escriben autores de todas partes, desde algún Nobel, como Hemingway, hasta algún narrador casi forzado como Charles Chaplin, pero la tónica general la da la presencia de la que llamaríamos generación actuante de narradores argentinos, o sea aquellos que vienen tras las huellas de los mayores —Mujica Láinez, Ernesto Sábato, Julio Cortázar— y constituyen la renovación del estilo narrativo, con un acercamiento nuevo a las demandas populares: Sáenz, Denevi, Bullrich, Benítez, Guido, Orgambide, Vanasco, Kordon, y los aun más jóvenes: Walsh, Heker, Rozenmacher, Lynch, Castillo, etc., incluyendo algunos nombres americanos de las generaciones parientes de otras latitudes, entre ellos los uruguayos Armonía Somers, Carlos Martínez Moreno y Mario Benedetti.

El entre estos escritores hay diferencias muy marcadas —de mundo, de estilo, de escritura— coinciden sin em-



JORGE ALVAREZ

dibujo de BRASCA

bargo en un curioso equilibrio: son, ante todo, narradores modernos, ya posteriores al espíritu puramente experimental de la vanguardia de los años veinte; son escritores urbanos, reticentes para todo folklorismo, incluso aquel que sobre la vida de los barrios generaron los narradores de Boedo; son dueños de una escritura impactante, muy modelada por las formas que genera la sociedad industrial, en particular ese subproducto llamado cinematógrafo; escriben para un nivel más elevado de culturización ambiente, pero no para refinados dilettes, y tampoco intentan comunicarse con "las masas", o sea que concluyen dirigiéndose a la burguesía ilustrada y desarrollista; tienen una abstracción realista básica y se sitúan en sentido polémico y vocación desmitificadora en el centro de la muy enseñada sociedad porteña. Las cabezas visibles de este abigarrado conjunto son Ernesto Sábato, Julio Cortázar y David Viñas (de quien, sin embargo, y sorprendentemente, no aparece nada en los volúmenes ya publicados) marcando así la general tendencia inconfundible del movimiento, que les permite ubicarse un poco más allá del *tos snob* a lo "Primera Plana" y un poco más acá de la verbosidad de meses redondas a que acostumbra la izquierda argentina.

Su agrupación en estos volúmenes no responde a ningún propósito expreso o ideología implícita sino a los afanes de un editor joven que en unos tres años se ha convertido en el delfín de las editoriales comerciales porteñas, por la sabiduría con que supo imprimir al ramo nueva dinámica, insertándole una orientación moderna. El junto con EUDEBA, típicamente el ejemplo producido en los intereses del lector argentino, quien progresivamente se desplazó hacia los temas económicos, políticos y sociales, y que, aun en la literatura, buscó, más que la diversión o el juego (*Borges pasional*) una información segura sobre la realidad ambiente y sobre su propia situación en el cambio social que presenciaba.

Hace tres años un adivino anunció a Jorge Alvarez que en su destino, sin duda, estaba la cárcel. El contestó, aunque comiéndose las uñas que en la Argentina no existía cárcel por deudas. Actualmente dispone de un centenar escaso de títulos aparecidos, elegidos con suficiente habilidad como para que hayan concitado la atención de un Buenos Aires culto y levemente zurdo. La serie de la *Monthly Review*, la colección "Política concentrada" que dirige Rogelio García Lupo con certero sentido de los reclamos del público actual y dentro de la cual salió un título del uruguayo Eduardo Galeano, fueron las primeras en conquistarle un público específico: aquel que quería entender la transformación socio-política del mundo actual sin tener que caer en una literatura de consignas. Algo así como la expresión política militante del espíritu universitario que tipificó EUDEBA. La serie de "Arte y realidad" donde salió el libro capital de León Trotsky sobre *Literatura y revolución*, y la aportación polémica de más alto nivel sobre la literatura argentina, el volumen de David Viñas *Literatura argentina y realidad política* (sólo comparable a los trabajos

amor, pasado, américa, burguesía, buenos aires, extrañas, sexo

Adolfo Prieto) mostró a Jorge Alvarez atreviéndose a las grandes empresas editoriales, que ha continuado con la Historia crítica de los partidos políticos argentinos de Puiggrós, de la cual ha aparecido el primer tomo de los seis que la compondrán.

Pero otra cosa es la literatura. El éxito de Cabecita negra (donde Rosenmacher elaboró una construcción inventiva para traducir la nueva realidad argentina) fue el comienzo de una serie de novelas (Saenz, reedición de Villas, etc.) que a su vez abrieron el campo a las Crónicas. En los hechos son, otra vez, aquellas colecciones populares de nuestra infancia —"el cuento semanal"— que en mal papel y mala impresión abastecieron el afán de "imaginario" de varias generaciones de españoles e hispanoamericanos. A este sistema tradicional, probado a lo largo de decenios, Jorge Alvarez otorgó un airecillo moderno, al tiempo de sustituir por entero el equipo de redactores. Es un buen índice que, en vez de los nutridos rusos, norteamericanos y centroeuropeos de aquellas viejas colecciones, el acento esté puesto, ahora, en los nacionales y en los latinoamericanos.

No es misterio que los cuentos de estos siete volúmenes están reunidos con excesiva premura, como quien dice improvisados una y otra vez, lo que les confiere ese aspecto juvenil y familiar que se corresponde con las breves notas biográficas de Julia Constenla. De ahí quizás lo desparejo de las contribuciones, pero sobre todo lo inarmónico de algunas asociaciones. El mejor de los títulos es justamente de los más arbitrarios, *Crónicas de América*, porque junto a cuatro cuentos que describen las luchas latinoamericanas contra la opresión, se incluyen otros dos (Joaquín An-

tonio, Mario Benedetti) de tipo psicológico y tema privado. Pero entre aquellos cuatro está un relato tenso y severo de Hemingway (Nunca más tiene nada) espléndidamente traducido por Guillermo Cabrera Infante; está Reunión, que si bien no es de los mejores cuentos de Cortázar crea una curiosa complicidad en el lector que a través de él toma contacto con el desembarco del "Granma" mediante las reflexiones del Che Guevara; están dos duros y veraces testimonios americanos de Asturias y Rosa Bonito.

Más universal, pero igualmente arbitrario es el tomo de Crónicas bastante extrañas. Corresponden al título y alcanzan nivel de excelencia, los dos textos norteamericanos: uno asombroso de Paul Bowles. La hiena, que es invención mágica y sinistra; y otro de este Ambrose Bierce — El celoso de gracia— que con un siglo de retraso está ingresando al español y que es paradigmático de sus juegos humorísticos y despectivos. El otro texto que justifica el volumen es el cuento de Luis Guillermo Piazza donde nueva prueba de delirante imaginación no asociativa, que mostrara en el cuento que publicáramos en Marcha el año pasado. Los restantes materiales, aun los mejores, no se adecúan a la ambición temática del volumen y es muy notoria la ausencia de los que han sido o son los grandes ejercitantes de lo "extraño" en América Latina: en Chile, Herber Müller o el fabuloso Alejandro Jodorowsky; en Colombia o Venezuela cualquiera de los "nadaístas" o los de "El techo de la Ballena"; en Guatemala, Augusto Monterroso; en la Argentina Santiago Dacoté y en el Uruguay, obviamente, Felisberto Hernández.

No hay volumen donde no pueda encontrarse algún texto fascinante, o

alguna insólita revelación sobre nuestra realidad. En el titulado Crónicas del pasado se incluye un cuento notable de Rodolfo Walsh, revelador de un escritor de sensibilidad nueva y de visión artística tensa y ácida, y un cuento casi fantasmagórico, con buenos remates, de Germán Rosenmacher. El volumen Crónicas de Buenos Aires, que es el ensamblado con mayor habilidad, alternando cuentos y artículos, permite un homogéneo díptico formado por la jugosa y qué moderna! descripción del Buenos Aires de 1910 que firma Clemenzeau, y El simulacro, el mejor cuento de Martínez Moreno; dentro del mismo volumen puede complementarse el realismo vigoroso con que Kordon (Fulmes a la ciudad) pinta el drama de la inmigración a la capital, y la descomposición de la vida ciudadana a través del relato múltiple, vivaz y logrado, de Miguel Brascó.

Con todo, el volumen más unitariamente organizado me parece el de Crónicas de la burguesía, y no sólo por el prólogo de Ciria; contiene buenos cuentos que se vinculan en una común tarea de denuncia del espíritu y costumbres de la alta burguesía argentina. Marta Lynch, Beatriz Guido y Alberto Vinasco coinciden en atacar la visión que tienen los jóvenes burgueses deformados por la educación de sus familias ricas; en una feliz vífeta Orgambide describe todo el recorrido de una clase rapaz; el cuento de Abelardo Castillo es el más desvinculado del tema propuesto y sin embargo su rica escritura y el signo espiritual que preside su creación lo emparentan al mismo intento desmitificador.

El éxito de estos libros no se debe meramente al sistema editorial empleado, acondicionado a la nueva clase y generación del Plata: está so-

bre todo en la selección de los autores, está en el estilo que permita meterlos a todos —sin que ellos se sepan— dentro de algo que puede llamarse la escuela narrativa porteña, está en la voluntad de lucidez y de denuncia interior que anima a la mayoría de estos cuentistas. Por aquí ha pasado la convulsión social del peronismo acarreado una respuesta positiva —y dramática— a la necesidad de comunicación con el entorno ciudadano. Es evidente, tanto en la generación argentina del 40, como en la otra que surge junto con la hoy denigrada "Liberadora de hace una década, la búsqueda de una acción pública a través de la literatura, una toma de contacto con los lectores a partir de una previa y atenta consideración de sus exigencias. Nada del desdén o del despotismo ilustrado del vanguardismo. Quizás nada muestre mejor esta actitud que la evolución habida en la literatura de Cortázar, de Bealario a Rayuela.

Pero el mismo Cortázar sirve para apuntar la otra coyuntura en que se encuentran estos escritores: ellos descubren el experimentalismo que desde hace unos años viene exigiendo una ingente reforma de la narrativa para evitar su extinción, adecuándola a las formas de un realismo documental, poderosamente subjetivo, muy poco psicologista, y siempre aferrado al dato inmediate del mundo circundante del autor.

Por último, es visible que ideológicamente, casi todos son desilusionados, es decir que vienen tras una experiencia de fracaso, de enajenación, de postergación indefinida. Pero eso no alcanza para transformarlos en escépticos. Es curioso verlos enfurecerse por la reivindicación dentro de ellos, de la antigua esperanza.